

Proemio a Maimónides

por ANTONIO BALLESTEROS-BERETTA

El prologar la traducción de una obra de Maimónides quien, como yo, no es hebraísta, parecerá a muchos singular atrevimiento. Valga en mi descargo el circunscrito propósito de recordar a los doctos la época y la existencia preclara del filósofo, e informar a los no iniciados de la silueta ideológica del escritor, de sus obras y del ambiente cultural en que transcurrió su vida.

Aun lo prometido habrá de ser de manera sucinta, pues la ingente figura de Maimónides exigiría copiosas páginas dedicadas a la personalidad y a la obra del insigne tratadista. En 1920 escribíamos: «El más grande de los filósofos judíos de la Edad Media y uno de los mayores ingenios que produjo la humanidad es el cordobés Moisés ben Maimón, conocido entre los cristianos por Maimónides». Desde esa fecha el criterio expuesto no ha sufrido variación; quizá después de releer la *Guía de los descarriados*, tanto el estudioso lector como nosotros admiremos más al filósofo hebreo.

Tiempo infeliz para su raza fué el de los primeros años de Maimónides, nacido en la vieja ciudad de los califas el 14 de Nissan (30 de mayo) del año 1135. Las hordas de los fanáticos almohades habían invadido Andalucía el año antes; comenzaban las campañas afortunadas del jefe Abdélmumen, lugarteniente del Mahdi africano: las muchedumbres berberiscas inundaban la Península; el poder almorávide agonizaba y los principillos indígenas entregaban ciudades y fortalezas al nuevo invasor. Pronto el almohade es un perseguidor implacable de la estirpe judaica. El padre de Maimónides, distinguido matemático y talmudista, da a su hijo una cuidada educación; pero nuestro filósofo debe fingir una fervorosa adhesión a los preceptos coránicos; frecuenta las escuelas árabes y cultiva en secreto las enseñanzas talmúdicas. Arrecia la persecución. La situación se hace insostenible y la familia huye de Córdoba; por algún tiempo Almería es su refugio; emigran luego a Fez (1159), y de allí pasan a Palestina, y después a Egipto, donde Maimónides y los suyos se establecen.

Vive primero en Alejandría y fija luego su residencia en Fustát, nombre que recibía entonces el Viejo Cairo. Muere el padre y Maimónides y su hermano David dedican sus actividades al comercio de piedras preciosas. No rechazamos la sugerencia; el filósofo que había de entregar su intelecto a las más bellas elucubraciones del espíritu reunía las selectas y valiosas joyas del mundo mineral que le proporcionaban la tranquilidad anímica para emplear sus nobles y soberanas facultades en las tareas más generosas y desinteresadas de la humana existencia.

Pero la tragedia surgió para ensombrecer y anegar las ilusiones. Su hermano David y la fortuna de ambos feneció en un naufragio camino de la India. El filósofo desvió sus afanes del estudio metafísico, y la práctica de la Medicina le salvó de la miseria. Las conferencias filosóficas, descanso de sus tareas médicas, consagraron su fama. Casó en segundas nupcias con la hermana de un cortesano influyente; nacía Abraham, su hijo predilecto y continuador de sus doctrinas, y llegaba al Cairo su fiel discípulo Josef ben Yehuda ben Aknin.

Crece el renombre de Maimónides. El emir Saladino derrota a los fatimies, domina en Egipto, y su visir Alfadel nombra al filósofo su médico de cámara. Un rey caballeroso de la remota Inglaterra arribado a plazas de Palestina en expedición crucífera, desea conocer al sabio afamado: pero Maimónides se niega a presentarse en el campamento de Ricardo *Corazón de León*. Desde 1175 sus dictámenes rabínicos forman jurisprudencia; es presidente del Colegio rabínico del Cairo, y su labor incesante hubiera agotado a un temperamento menos vigoroso que el de Maimónides. La envidia de musulmanes y hasta de correligionarios acibararon sus últimos años. Moría en 1204 (13 de diciembre), cumplidos los 70 años.

Hallaremos un cuadro acabado de una jornada de Maimónides en 1199 en una carta del filósofo a su traductor hebreo Samuel Abentibbon. Dice así: «Todos los días muy temprano voy al Cairo, y cuando nada me detiene allí regreso a mi casa al mediodía. Una vez en casa, ya famélico, encuentro mi antesala llena de musulmanes y de israelitas, de personajes y de gente baja, de jueces y de recaudadores de contribuciones, de amigos y de enemigos, que esperan ávidamente el instante de mi llegada. Apenas he dejado el caballo y he tenido tiempo de lavarme las manos, según mi costumbre, cuando voy a saludar apresuradamente a todos mis hués-

pedes y a rogarles tengan paciencia hasta después de la comida; esto sucede todos los días. Terminada la comida, comienzo a prestarles mis cuidados y a prescribirles remedios. Hay algunos a quienes todavía sorprende la noche en mi casa. Y muchas veces (Dios sea testigo) estoy ocupado hasta muy tarde durante la noche, escuchando, hablando, dando consejos, ordenando recetas, y hasta a veces ocurre que me duermo por exceso de cansancio y quedo agotado hasta el extremo de perder el uso de la palabra».

Asombra cómo un sabio tan abrumado por múltiples quehaceres, a través de una vida de accidentada juventud, haya tenido sosiego para elaborar tantos y tan profundos libros.

Entre sus obras teológicas merece sitio destacado el gran Comentario a la *Mischnab*, escrito en árabe; sigue en prestigioso relieve el *Mischné-Torá*, compendio y aclaración de la *Mischna*, y el *Libro de los Preceptos* (*Sepher ha Miswot*). Cuéntanse como sus obras filosóficas máspreciadas el *Tratado de la resurrección de los muertos*, compuesto en árabe; un *Compendio de la Lógica* y, sobre todas sus producciones, la famosa *Guía de los descarriados* (*Moreh Nebubim*), redactada también en árabe. De sus trabajos acerca de la Medicina deben recordarse: un *Resumen de los diez y seis libros de Galeno*, una versión hebrea de las obras médicas de Avicena, unos *Aforismos de Medicina*, un *Comentario de los Aforismos de Hipócrates*, un tratado *Del régimen de la salud*, una *Toxicología*, una *Farmacopea* y algunos otros opúsculos de menos entidad. Escribió mucho más, pero en esta rápida enumeración van consignados los principales.

Unas líneas sobre la *Guía de los descarriados*, que Raimundo Martí llamó *Directio neutrorum*; Pablo de Burgos *Directio perplexorum*; y el traductor Pedro de Toledo *Mostrador o enseñador de los turbados*. Este libro maravilloso, vertido al hebreo, latín, castellano, francés, italiano y hasta al húngaro, encierra una jugosa doctrina glosada desde los tiempos medievales y que conocieron Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. Constituye, como afirma un esclarecido autor, una verdadera Suma teológico-filosófica del judaísmo. Sus disquisiciones sobre los atributos de Dios, la naturaleza de los ángeles y los problemas del origen del mundo, prueban los quilates de una inteligencia poderosa que ansía armonizar los dogmas teológicos con la razón.

Maimónides no puede ser clasificado; es un filósofo indepen-

diente que no pertenece a ninguna escuela; verdad es que sigue al Estagirita y a su glosador Alejandro de Afrodisia; es cierto que conoce y admira los libros de Avicena; pero en doctrinas capitales se aparta de ellos. El pensador judío es ante todo un racionalista; interpreta la Biblia con una libertad que escandaliza a la sinagoga; admite la revelación, pero a través de la ciencia; su erudición es sólida y amplia. En ética, su profesión de médico le induce a buscar la moral práctica, y los preceptos higiénicos amalgamados con las normas morales; su libro *La Mano fuerte* es notable por más de un concepto. Sus ideas en cuanto a la Física son peripatéticas. Sigue las tendencias de Avémpace en Psicología, defendiendo el principio de la unidad del entendimiento activo. También en Metafísica es un aristotélico. Este gran filósofo llevó a cabo la redacción de un canon de los dogmas fundamentales de la religión judaica.

Por último, en la *Guía* se muestra un espíritu aristocrático. Los *descarriados* no son unos ineptos; ellos saben de los principios de la ciencia; sus facultades se hallan dispuestas a la percepción; precisan un prestigioso conductor que les ilumine la ruta de la comprensión. Maimónides interpreta, glosa, comenta los vocablos, las frases; desentraña la ciencia, la filosofía del lenguaje; quédense los significados vulgares de las palabras para los desdichados que no penetran el sentido esotérico reservado a los elegidos. El filósofo alumbrará las oscuras sendas, apartará los obstáculos y conducirá a los inteligentes al empíreo de la Filosofía. Razón, misticismo, amor, conocimiento de Dios: he aquí las poderosas armas de Moisés ben Maimón.